

UNA VENTANA EN EL MURO DE LA VIDA:
LA BIBLIOTECA INFANTIL NO ES LA ESCUELA

Virginia C. Martín

Si analizamos la profesión del bibliotecario a través de la historia veremos que siempre ha acompañado a los acontecimientos culturales creciedo con ellos e imponiendo cambios que le significaban una mayor especialización.

Las grandes bibliotecas de la Antigüedad lejos estaban de ser cúmulos desordenados de tesoros sin relación alguna; sus bibliotecarios, verdaderos hombres de conocimiento y saber ya vislumbraban lo que ahora se nos presenta como una verdad revelada por el pensamiento moderno o post moderno, si es que lo hay, que el conocimiento es la célula del poder.

La Edad Media, a la que algunos acusan de ser patética prisión de pensamientos, mantuvo en sus bibliotecas un pasado de ideas e interrogantes que persiguieron desde siempre a la humanidad. Estas bibliotecas medievales, en donde el silencio era el ámbito de trabajo de los copistas, produjeron un bibliotecario capaz de realizar catálogos, con un profundo planteo ordenador, que concluyó a las bibliotecas como un universo, idea también borgesiana, recreada por Umberto Eco en la circular y laberíntica biblioteca que escondía misterios, intrigas y también, los grandes cuestionamientos del alma humana.

El Renacimiento provee un instrumento capaz de iniciar al hombre en un destino que le será inevitable, el de lector. Con la imprenta comienza lo que MacLuhan denomina "era Gutenberg" y a pesar de su profética inclinación a la decadencia del libro, culpable, según él de la linealidad del pensamiento humano, ocupa la atención de una vasta gama de profesiones y actividades, entre ellas, el bibliotecario que al decir de Ortega y Gasset, "ha variado siempre en rigurosa función de lo que el libro significaba como función social".

Las bibliotecas y los bibliotecarios avanzan así en el camino lineal que, al igual que los grandes temas del conocimiento, comienza a bifurcarse, a especializarse, a abrir atajos que conducirán a una mayor complejidad y a la profundización de lo que esos campos tienen en común o diferente. Uno de esos atajos en la bibliotecología moderna lo constituyen las bibliotecas para niños, ámbito que como ningún otro puede asimilar la definición de Emerson: "Una biblioteca es una especie de gabinete mágico donde están encantados los mejores espíritus de la humanidad".

Y en este ámbito, del que es fácil teorizar y que tiene a favor o en contra para algunos el encanto de la improvisación -dependerá de su capacidad para abrirse paso y erigirse en una impostergable necesidad de sus usuarios- donde también se dibuja la figura sobre la que recaerá, en gran medida, el éxito o la frustración de esa empresa, su BIBLIOTECARIO.

El bibliotecario de una biblioteca infantil tiene mucho en común con los bibliotecarios de los demás servicios bibliotecológicos. Tienen en común responsabilidades, actividades y problemáticas. Por una simple razón, son contemporáneos. Si bien podrán escucharse, poco podrían conversar un bibliotecario de Alejandría o de un monasterio medieval o de las vastas bibliotecas primeras americanas, con un bibliotecario de hoy. Pasado el asombro y la descripción de sus momentos, reconocerían el valor de la palabra, la necesidad de un orden y la importancia del saber, pero no podrían medir con igual sistema los alcances de los conceptos palabra, orden y sabiduría. En cambio, dos bibliotecarios hoy, aún cuando sus circunstancias espaciales fueran distintas, sabrían qué decirse, porque podrían acomodar sus significados a los significantes que dominan. Los bibliotecarios saben hoy que su profesión es importante. Y como tal, no puede ni debe admitir que en su lugar se ubique personal

descartable, voluntariosos moldeables según la necesidad, quienes, en el mejor de los casos, comienzan a estudiar cuando terminan de descubrir que la biblioteca no es el reservorio estático que su optimismo dogmatizara.

No en vano hoy estamos aquí, preocupados no sólo por lo que nuestra realidad nos impone sino por estar en los umbrales del siglo XXI. Nos invita el futuro. El bibliotecario se concibe como un verdadero canal que contacta la información, el dato y el libro recreativo ya no sólo con el que acude a su encuentro sino con aquel lector potencial, negado por negligencia o indiferencia, que deberá persuadir con un rito iniciático cada vez más complejo.

Las bibliotecas incorporan tecnología que ya nadie pone en duda y se debe estar preparado para ello. En el aprovechamiento de la tecnología quizás sea de las profesiones, en nuestro país, que más adelante lleva la posta de la toma de conciencia del alcance de estos recursos. Y es también una de las profesiones que capta las múltiples posibilidades de la utilización de los medios audiovisuales, seguros de la esterilidad de ver en ellos a rivales desleales y de la pérdida de tiempo que significa un debate retórico en vez de un profundo análisis. Es en la complementación de los recursos y en el aprovechamiento de sus posibilidades en donde el bibliotecario se superará día a día.

Lo que realmente vitaliza a la biblioteca infantil es el complemento natural de su bibliotecario, el lector. Es en esta relación donde hay que detenerse, para ubicarse, para acomodarse en la función, para saber qué es lo que se espera y qué es lo que se puede dar. El lector infantil es, quizás, el que con más sinceridad y rigor marcará el rumbo, por eso es que el bibliotecario, insisto, aunque el énfasis no garantice eficacia, debe saber de dónde parte.

Nadie duda hoy de su formación profesional. No debe subestimarse, bajo ningún argumento, el trabajo técnico que deberá dominar pero que podrá compartir y siempre supervisar. Ninguna actividad bibliotecaria deja de lado, si debe ser adaptada a las características del usuario. Si como decía Shera "El fin último de la bibliotecología es el hombre" también podría decirse que el fin de la bibliotecología aplicada a una biblioteca infantil es el niño.

La referencia infantil, la búsqueda del dato concreto, sin premura, sin el programa de lo previsto, promoviendo el pensamiento es quizás una de las tareas más intelectualmente creativas en la biblioteca.

La biblioteca no es la escuela, ni siquiera podemos afirmar su continuidad o su apéndice. No la apremian ni programas ni concepciones pedagógicas, ni rigurosos sistemas de evaluación. Si es el complemento que mejor oportunidad tiene de oponerse a la repetición uniforme, a abandonar nuestra trama de nombres y asociaciones, de reflejos condicionados y alusiones en una sociedad en la que los discursos y la acción luchan por ponerse de acuerdo.

La biblioteca infantil conforma, entonces, un lugar no programado, imperfecto, porque improvisa, pensar es improvisar, porque aunque representa el poder del saber no es un centro de cómputos y está llena de fallas, de azares, de risas, de desconciertos y, por lo tanto, cabe esperar que entre el bibliotecario y los niños sucedan ocurrencias de auténtica comunicación, de verídico entusiasmo, de gusto. Si a los niños se los invita a pensar en serio, lo harán y muy seriamente y con resultados inesperados. Apunta bibliotecario al pensamiento profundo que empuja detrás de la creación, al lado del juego y dentro de la palabra. Usa el saber para promover el sabor. Pensar, leer es saborear, discernir entre gustos, entre frutos, es decir, disfrutar. El niño sabe, nos dice Jaime Barylko en Cartas a un joven maestro que, mientras se le propone repetir puede aprender a pensar.

El bibliotecario comprende que ese también es su desafío. Ayudar sin dirigir, sostener sin influir, organizar sin pautar, pero sobre todo buscar y encontrar al lector diferente en cada

uno. Debe saber transmitir que leer es placer y que placer es esencialmente actividad, sensualidad que se desprende en el momento. Leer cuando es propicio, sin explicaciones, sin parámetros, sin indagaciones externas, leer con toda la vitalidad que provoca. Cuando se vive se transmite vida. El bibliotecario no puede lograr esto si no lo comprende y lo comprenderá si alcanza a ver lo mucho que puede hacer desde su puesto que es el de estar sin permanecer. No buscará la eficiencia que es la rutina optimizada al máximo; el eficiente no siempre ama lo que domina. Confiará en el acontecer. Sabrá autorizar el ocio y lo llenará de posibilidades. Para lograrlo escuchará al lector, le propondrá lo que espera. La estantería abierta en la que crea elegir y será elegido para ser más único, más niño, más lector, más libre.

El bibliotecario infantil compromete con su acción a todos los demás. Un niño que vive la libertad de una biblioteca infantil rehusará el encierro de una burocracia inútil y de un laberinto agobiante. Su felicidad lo obligará a no dejar de serlo. Buscará, ya adulto, el espacio en donde evitar la fatiga del pensamiento previsto y no podrá ser engañado por la comodidad o los reglamentos.

Nada más triste que haber sido feliz, decía Dante; que la felicidad que encuentra el lector niño no se apague en el lector adulto.

Mucho se habla hoy de las actividades de extensión. La biblioteca infantil se vale de ella para variados objetivos, atraer a un público no lector aún, ayudar a desarrollar y descubrir capacidades inexploradas, pero siempre debe tener en cuenta cuál es su identidad, cuál es su proyecto y quiénes colaborarán en él. El bibliotecario es un profesional y por lo tanto sabe hasta dónde abarca su campo.

Las bibliotecas se erigen pues, como lugares seguros en donde encontrar paz aunque no haya calma y está la voz que queremos escuchar aunque nos rodee el silencio y podemos aflojar nuestra atención convocando la concentración. Son ventanas, puertas en el muro de nuestra vida, en el muro del mundo al que nos aficionamos. La puerta del muro que encuentra aquel joven kafkiano custodiada por un férreo guardián. Los años pasan y ellos siguen mirándose y vigilándose. Al llegar al último momento el ahora viejo visitante le pregunta al guardián por qué sólo él había intentado atravesar esa puerta. El grandote, también viejo y acabado, le responde:

-Esta puerta estaba reservada exclusivamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

Que el bibliotecario ayude a comprender que todos tenemos esta puerta, a medida, exclusiva, lista para ser atravesada y que sea el impulsador para que nuestros niños y jóvenes sepan apartar los guardianes del camino que como hombres nos está destinado.

No es cierta aquella paráfrasis de Bram Stoker "La fuerza del bibliotecario reside en que nadie cree en su existencia". Nuestra presencia así lo demuestra. Que no se vea en la cada vez menos silenciosa tarea del bibliotecario a una profesión apagada o vuelta sobre sí misma. Esta profesión, que en Argentina, fluctúa entre mesetas y colinas de renovadoras inquietudes, sabe que hoy es tiempo dedicado al crecimiento. Las bibliotecas infantiles lo saben. Ahora queda nuestro saber hacer.

Bibliotecaria y Licenciada en Letras, a cargo de la carrera de Bibliotecología en el ISFD N°3 de Bahía Blanca. Este texto pertenece a su ponencia en el Congreso de Bibliotecas organizado por "Pajarita de Papel" este año en Bahía Blanca.

Transcripción textual directa del original.

